

Capítulo 9

¡Overstag!

El Vikingo y el cata

Digan lo que digan, ¡el cortejo nupcial para seducir a la hembra, conmigo, funciona al 100 %!

Dos días después de llegar al *Bas-Valhalla*, llevamos a remolque su *hobbit-cat* en kit, para navegar por el lago *Submersheim*. Su vieja *Vol-vik* azul tormenta desteñido, de asientos mullidos a más no poder, es cómoda, envolvente y hecha a mi medida. Me siento en ella tan a gusto como en mi hamaca, un auténtico nido calentito (calidad alemana, según él: de lo más sólido).

Pero el *accu* (la batería) amenaza con morir en cualquier momento. Así que el Vikingo pisa el acelerador a fondo hasta el *Royal Yacht Club del Soumerland*. Es el club de vela más antiguo del *Bas-Valhalla*. Su silueta *old school*, de encanto muy *british*, es una joyita que adorna el lago apacible. Admiro sus paredes cargadas de historia, que cuentan con pasión las regatas de veleros. Desde su fundación, los nombres de los ganadores están grabados en latón para la eternidad.

Mientras el Vikingo, navegante curtido, monta meticulosamente su cata en kit y *checkea* hasta el último detalle como si preparara la vuelta al mundo, mis ojos ya no saben adónde mirar.

Me maravillo como una cría ante esos veleros clásicos, los *Vannheim* de fondo plano, hechos de caoba, de latón y de gracia. Admiro sus velas cosidas a mano por elfos y sus cascos relucientes. Creo que lo que más me conmueve es el amor con que los vikingos cuidan estas joyas, que consideran sus antepasados vivos. Vestigios resplandecientes de tiempos pasados, parecen recién salidos del taller de los enanos de Asgard...

Nos tomamos un café en la terraza frente al pantalán. Los curiosos se acercan a admirar la bonita línea esbelta y las formas aerodinámicas de nuestro *hobbit-cat*. Visto desde

aquí, parece una elegante libélula posada sobre el agua, que nos guiña el ojo para que zarpeamos...

¡Y allá vamos! Sopla una brisa, todas las velas hinchadas, ligero como una pluma, el catamarán se inclina sobre un solo flotador. Colgados de un cabo, volamos en equilibrio sobre el vacío. Cada cinco minutos, mi patrón lanza su grito de guerra en valhallés:

— ¡OVERSTAG!

Es la señal para virar. El viento silba, la botavara gira, la vela restalla. Como dos funambulistas intrépidos, vamos dando saltitos de un casco al otro, esquivando con cuidado el trampolín tieso de sal, demasiado gastado para aguantar nuestro peso.

El catamarán surca a toda velocidad el agua dulce, de un extraño verde fosforito. Está cargada de aluviones. Es la morada de los *Nøkk Nykur*: los espíritus del agua, que hechizan a todos los marineros del país. Un himno a la vida que nos llena los pulmones de oxígeno y de vitalidad. Es el secreto mejor guardado de la fuerza legendaria de los vikingos.

Tras dos horas de deslizarnos a todo trapo, echamos el ancla en el puerto para una pausa café y una cerveza fresquita. Descalzos sobre la hierba, frente al pantalán, la felicidad existe... Se parece a la paz y a la calma de este lago mágico, que nos llama a volver a bordo.

Así que izamos velas y volvemos a pasar el día deslizándonos como equilibristas, de una isla a un molino, de un faro a un puerto. El rumbo cambia, el placer se multiplica por diez. En este marco idílico, el verdadero

reto llega al caer la tarde, cuando hay que sacar el barco del agua para volver a subirlo a su remolque.

La manivela se parte en seco, agarrotada por el óxido: no se usa desde la *siesta planetaria*. El Vikingo encaja un destornillador en su lugar, luego se pone a horcajadas sobre el remolque, se dobla en dos y agarra a mano limpia el catamarán, pesado como un yunque. Y grita:

— ¡GO! ¡GO! ¡GO!

Giro a tope el destornillador, que chirría sobre el metal oxidado; la cuerda de remolque se tensa para sacar el *hobbit-cat* del agua. Me vuelvo hacia él para comprobar que todo va bien, y entonces lo veo: todas las venas hinchadas, los músculos marcados, viento de cara, el pelo al viento, su cara de ángel con su aureola de rizos entrecanos, y lo oigo soltar un grito de guerra capaz de despertar a sus antepasados vikingos.

— ¡ARGHHHHHHH!

¡Thor¹ levanta su drakkar de 250 kg, o sea, una tonelada y media chorreando! Pero el casco se queda pegado como una ventosa a la superficie del lago. Una broma de los espíritus del agua. Así que, a pulso y por pura convicción, ¡consigue arrancarlo de las aguas bromistas! ¡Es surrealista! ¡Un sketch en vivo y en directo!

Doblada de risa, me parto y lo bautizo con cariño: “El Vikingo”.

Con el pecho hinchado, sin aliento, el ángel de sonrisa de niño se vuelve hacia mí y me suelta:

¹ Thor, el dios nórdico del trueno (Wikipedia, en francés).

— ¡Tachán!

Digan lo que digan, ¡el cortejo nupcial para seducir a la hembra, conmigo, funciona al 100 %! ¡Vuelvo a caer rendida en el acto!

Más ancho que largo, se me acerca y me dice:

— ¡Todo está en la cabeza! ¡Tienes que hacerte fuerte,
Klein France vrouw!

Con él, nunca sé si me va a caer una flor o un hachazo...

¡Me he ganado un beso!

¡El domingo es Show!

El periodista — ¡El Vikingo es un arquetipo! Como Thor, el semidiós: un héroe de fuerza mítica, dispuesto a aceptar todos los retos.

El Vikingo — ¡Lo dices porque estás celoso!

La autora — *Vik el King* también es un niño grande, que esconde un corazón tierno detrás de tanto poderío.

El Vikingo — Es verdad, me he quedado un poco niño, ¡lo confieso! Me encanta trastear con mi vieja *Vol-vik* y con mi cata en kit, para pasar buenos ratos juntos.

La autora — ¡Es para comérselo! Apasionado, todoterreno y un poco estrafalario. Crea un mundo a su medida, con sus manos y su corazón.

El periodista — Y esa maniobra de remolque, ¿no es muy dura para la espalda?

El Vikingo — ¡Qué va, lo llevo en los genes! Lo he heredado de mis antepasados. Cuando navegas en drakkar, tienes que hacer frente a lo imprevisto, es inevitable. El honor vikingo consiste en demostrar nuestro valor y nuestra fuerza fuera de serie, para superar el obstáculo.

La autora — Reconoce que te encanta lucirte con tus hazañas... para que te quieran.

El Vikingo — ¡Todo el mundo me quiere, soy un semidiós!
¡Está en mi naturaleza!

La autora — ¡Desde luego, eres mi héroe y tan humilde!
Por cierto, el apodo que te puse honra tu valentía. Aunque
tu fuerza sea tu armadura para demostrar lo que vales,
sigues siendo un niño grande. Y confieso que me gusta
bastante esa dualidad. Eres auténtico.

El periodista — ¿Qué opinas, *Vik el King*, estás de
acuerdo con Coraline?

El Vikingo — No podría estarlo menos. Ha dado en el
clavo... en el de al lado. ¡No soy débil! Controlo la
situación y la protejo. No voy a dejar que cargue con el
barco ella sola. Compartimos el peso juntos, avanzamos
juntos. Y cuando pesa demasiado, respiramos y volvemos
a arrancar juntos...

La autora — Cada vez que lo recuerdo, me da la risa, ¡no
lo puedo evitar!

El Vikingo — ¿Y por qué te hace tanta gracia?

La autora — Supongo que es para desdramatizar la
tensión... erótica... Hay que decir que es un vikingo de
verdad, me impone un poco... Así que voy con cuidado...
quiero salir entera. ¡Reír nos acerca, tejemos un lazo más
fuerte!

El periodista — ¿Y qué le propones al lector?

La autora — ¡Que invente su grito para cambiar de rumbo
y que lo pruebe durante una semana*!

El Vikingo — ¿Una semana? ¡Eso es una eternidad! ¡Yo cambio de rumbo cada cinco minutos! ¡Hay que saber reaccionar rápido cuando cambia el viento!

La hamaca y los colibríes

Una novela de Karine Baridon



lehamacetlescolibris.com